

Apuntes pre-comiciales

Jorge G. Castañeda*

Como siempre, todos los países y regiones del mundo se verán afectados por el resultado de las próximas elecciones presidenciales en los Estados Unidos. Pero quizás pocas zonas geográficas se verán tan directa y fuertemente influenciadas por dichos comicios como América Latina. Para bien o para mal —y la mayoría de los latinoamericanos probablemente piensan que para mal— la era de Ronald Reagan al frente de la Casa Blanca ha tenido una mayor incidencia en el acontecer latinoamericano que cualquier otro gobierno de Estados Unidos en tiempos recientes. Al sur del Río Bravo se aguarda el término de estos ocho años de turbulencias y tensiones en las relaciones hemisféricas con grandes expectativas, matizadas por el escepticismo surgido de años de decepciones y desencantos.

Es una gran verdad aquella que reza que sólo se puede hablar de un punto de vista de América Latina sobre algo a condición que el nivel de abstracción y de generalidad de ese punto de vista sea tal que virtualmente carezca de significación. Sin embargo, con algunas excepciones, la visión latinoamericana de los próximos comicios estadounidenses es relativamente homogénea, y puede resumirse en tres puntos. Primero, después de Ronald Reagan, las cosas sólo pueden mejorar. Segundo, tanto George Bush como Michael Dukakis, en sí mismos y al margen de su comparación con Reagan, representan un cambio positivo. Pero —tercer punto— frente a los principales temas en el orden del día hemisférico —deuda externa, Centroamérica, democratización, comercio y narcotráfico—, Dukakis es a final de cuentas preferible a Bush, aunque lo sea más con relación a los tres primeros temas que a los últimos.

No hay alivio significativo a la vista para los principales países deudores latinoamericanos, a pesar de la creciente conciencia del hecho de que las economías de la región no pueden crecer con una deuda externa de la magnitud actual. Esta conciencia está tan presente en la campaña de Bush como en la de Dukakis. Perdura sin embargo, la impresión en los Ministerios de Hacienda y en los Bancos Centrales de América Latina que cualquiera que sea la influencia de James Baker ahora y en una hipotética de la gravedad del problema de la deuda, así como de la inutilidad de las soluciones propuestas hasta ahora y de la necesidad de encontrar alternativas más audaces. Es evidente ya a estas alturas, que estas últimas requerirán cambios en la legislación bancaria norteamericana —lo cual implica un acuerdo del Congreso— y una cierta imposición a los bancos para que hagan su parte —lo cual implica una presidencia estadounidense más autónoma con relación a dichos bancos. Dukakis parece ser el más indicado para cumplir con ambas condiciones.

Centroamérica es sin duda el tema en las relaciones Estados Unidos-América Latina que más claramente ha despertado el entusiasmo continental por los Demócratas. Aunque son pocos ya los observadores latinoamericanos que piensan que Bush seguiría al pie de la letra las políticas agresivas y salvajes de Ronald Reagan en Nicaragua o en El Salvador, con la excepción de la extrema derecha en algunas naciones centroamericanas y la derecha ideológica en el seno de las fuerzas armadas en algunos otros países, Dukakis y el cambio que ha prometido en esta materia obviamente son vistos con mayor agrado. A lo largo de los últimos ocho años, muchos dirigentes latinoamericanos, desde el Presidente Oscar Arias de Costa Rica, hasta la oposición chilena, pasando por innumerables funcionarios de los

* Profesor de Ciencia Política y de Relaciones Internacionales de la FCPyS, UNAM.

—como potencia intermedia— tratará de buscar una posición nueva en la arena internacional, tratando de ejercer su poder y prestigio a nivel regional —como en su caso fue Contadora—, creando fuentes de fricción como ya de hecho se han creado. Por tanto, la relación México-Estados Unidos se verá cada vez más sujeta a la acción de diversas influencias externas.

b) Es evidente que México continuará con una apertura económica decidida. Entre mayor sea la apertura comercial, habrá una mayor integración económica con los Estados Unidos. Cabe señalar que integración no necesariamente significa cooperación ni mucho menos complementación. Si bien es cierto, que ésta ha sido la tendencia que ha seguido Europa y el sudeste asiático, habrá que ponderar sus costos y beneficios y evaluar la regionalización de la producción y el mercado.

c) El crecimiento de las comunicaciones prevé que haya una mayor integración entre naciones, regiones y pequeñas comunidades. Así tenemos, por ejemplo, que en un pueblo mexicano, se puede escuchar y ver programas norteamericanos, los cuales definitivamente influyen en sus ideologías; también los mexicanos pueden asistir a escuelas norteamericanas durante su estancia en el país vecino como migrantes, asimilando patrones culturales norteamericanos, etc.

d) El crecimiento demográfico en México ejercerá presiones importantes. Si estas presiones no se ven satisfechas la creciente población tenderá a emigrar a donde encuentre los satisfactores deseados, siendo uno de los lugares escogidos tradicionalmente, los Estados Unidos. Asimismo, el crecimiento acelerado de la población hispana en los Estados Unidos ocasionará, por un lado, una futura interdependencia entre ambas naciones y, por el

otro, futuros sentimientos xenofóbicos por parte de los norteamericanos ocasionando serios problemas entre ambas naciones.

Como se puede observar, sólo se mencionaron unas cuantas tendencias pues no es el propósito de este trabajo abordar todas ellas, sin embargo, en términos generales y ya para concluir, a corto plazo se suscitarán cambios y problemas de diferente importancia en la agenda bilateral, en virtud de que cada vez habrá más interconexiones y actores que participarán en los diversos ámbitos de la relación —comercio, deuda, energéticos, migración, narcotráfico, Centroamérica, etc.—, aumentando la complejidad de la relación. Creo que para llevar a cabo una relación armónica se requerirá de un proceso constante de ajuste, reajuste, negociación, pero sobre todo de conocimiento pleno de lo que está sucediendo en ambos lados.

Por último no debemos de olvidar que las diferencias que nos separan son reales y es necesario no dejarlas empantanar por el tipo de discurso que, muchas veces, han obstaculizado el diálogo haciéndolo equívoco y hasta contradictorio. Habrá que impedir, en lo que sea posible, los malos entendidos sin olvidar que la profundización de la crisis económica de México originará serios problemas internos y que, la tendencia ya tradicional de que México contemple a su país vecino como la alternativa más importante para poder disminuir su inestabilidad económica, es susceptible no sólo a continuar sino a agudizarse. Las consecuencias inmediatas de esta posible tendencia serían, por un lado, limitaciones en nuestra autonomía política y la adopción de ciertas directrices que no necesariamente convengan a nuestros intereses.